

La afectividad es necesaria para renovar nuestra iglesia y el diálogo con los jóvenes

Jorge Atilano G. Candia S.J.¹

1. Los jóvenes son una buena noticia

Los gestos libertarios de los jóvenes muestran una buena noticia a una sociedad rígida en sus caminos hacia el progreso: la afectividad de los encuentros es fundamental para alcanzar el gozo que todos buscamos. Los jóvenes se rebelan ante el excesivo uso de la razón para mostrar una realidad que incumbe a todos: el mundo tiene sed de intimidad. Son generaciones que en el contacto con sus emociones se dan cuenta de los vacíos que genera una vida atrapada por la rutina del estudio y el trabajo, y demandan una nueva manera de organizar la sociedad que permita la vivencia de la fraternidad. Ellos son capaces de transformar sus fracasos en una fiesta donde el contacto con el otro es suficiente para aliviar sus penas; algo que resulta difícil de comprender para quien está acostumbrado a medir el crecimiento desde los criterios económicos.

Los sueños de la juventud atraviesan por la afectividad. Las motivaciones de su vida están cada vez más determinadas por esa nostalgia de intimidad y la necesidad de pertenencia a algo o a alguien. El problema es que esta dimensión no termina de incluirse en las instituciones tradicionales, formadas en el racionalismo de la modernidad, y se ha dejado a la deriva de las estrategias del mercado. El sector económico es quien más se ha preocupado por comprender estas nuevas tendencias de la juventud e invertir grandes cantidades de recursos económicos para invadir la afectividad y seducir las voluntades. Se ha dejado a la mercadotecnia la dirección de los afectos. La política, el trabajo y la educación, no

¹ Sacerdote mexicano de la Compañía de Jesús. Acompañó diversos trabajos con jóvenes durante trece años. Actualmente estudia el magister en Ética Social y Desarrollo Humano en la Universidad Alberto Hurtado en Chile. Correo electrónico: jorgeatilanosj@yahoo.com.mx

terminan de saber cómo incorporar la afectividad a sus programas y sistemas de evaluación.

La ausencia de criterios éticos para valorar las experiencias placenteras hace que muchos jóvenes confundan la intimidad con la intensidad, creyendo que entre más intensa sea la relación, la música, la aventura, la fiesta o el deporte, más gozo llegará con ella. Esto lleva a una vida acelerada que tiene el riesgo de fragmentarse, es decir, no tener cimentado un polo que integre la diversidad de emociones para favorecer el proceso de madurez psicológica. Cuando se busca sólo la intensidad, los límites aparecerán como una amenaza a la libertad de experimentar el placer, y entonces se desechan los límites morales, culturales o sociales. Y una vida afectiva fragmentada sin límites facilita la pérdida de respeto de la vida del otro.

Una sutil confusión que viven los jóvenes está en los jaleones de las alegrías efímeras y las alegrías duraderas. Ellos necesitan de elementos que les permitan comprender su mundo interior y arrancar los dispositivos que la cultura individualista ha colocado en sus afectos para amar con libertad. El nivel de seducción, que ha establecido la sociedad de consumo, hace necesario una cultura del silencio que ayude a la persona a contactar con su interioridad y discernir lo mejor para su vida. Y el desarrollo de la neuro mercadotecnia hace cada vez más pertinente la presencia de una Iglesia preparada para brindar herramientas al joven que le permitan, por sí mismo, descubrir los movimientos internos que le hacen ser más auténtico.

El diálogo necesita partir de una mirada positiva de la juventud y una gran capacidad de escucha, convencidos de que allí Dios ya está construyendo su reino y que nos invita a colaborar en su trabajo. Hay muchas coincidencias entre las búsquedas del joven actual y la ética que surge del cristianismo, y hay diferencias que los podrían enriquecer mutuamente. El problema es que evolucionó el lenguaje de los jóvenes y esto terminó fracturando el diálogo con la Iglesia. Pero la crisis del modelo de desarrollo que presenta la sociedad moderna y la nueva coyuntura eclesial, por la llegada del Papa Francisco, es un tiempo propicio para realizar un examen de conciencia, y reconocer con humildad las fallas que llevaron a la Iglesia a distanciarse de los jóvenes, y explicar, con categorías más accesibles a ellos, la utilidad que tiene creer en Jesús.

2. El distanciamiento del joven y la Iglesia

El principal motivo de la distancia es que en los jóvenes ha irrumpido la afectividad como imaginario desde el cual pararse frente a la realidad, y que la Iglesia, en su afán de incorporarse a la sociedad moderna, ha racionalizado sus prácticas, centrándose en la defensa de una institución y un credo. Estas dos lógicas, afectividad y racionalidad, lleva al uso de un lenguaje que resulta difícil entenderse uno al otro. La racionalidad ha llevado a la frialdad en las celebraciones y pastorales, y los jóvenes sienten una Iglesia lejana de sus categorías existenciales. También es necesario mencionar, en este aspecto, que la ausencia afectiva del papá, en muchos jóvenes, ha llevado a la desilusión hacia las autoridades y la búsqueda del afecto en los pares o iguales.

El segundo motivo es el acceso a la información de las nuevas generaciones, que hizo especializar el lenguaje secular de la sociedad moderna, y terminó por alejarse del lenguaje religioso. El desarrollo de la tecnología abrió aún más la brecha con una Iglesia que se automarginó del discurso de las ciencias contemporáneas. Los dirigentes de la Iglesia apostaron por “evangelizar” a través del discurso religioso, y centrar la formación de sus agentes de pastoral en la comprensión del evangelio, dejando en segundo plano la comprensión de los problemas del mundo moderno y las maneras en que Dios aparece en lo “mundano”. Existe un déficit dentro de la Iglesia católica para dialogar con el mundo moderno desde categorías accesibles a generaciones que no aprendieron el lenguaje religioso.

Basta asistir a la “liturgia” de un concierto de música pop, rock o tecno; o al “rito” de un partido de fútbol en el estadio, o la “peregrinación” realizada por los estudiantes en las calles en una variedad de marchas, para darse cuenta de la importancia del afecto en las nuevas generaciones. El artista sabe que su éxito con el público depende de lograr una empatía por medio de los afectos. Por eso, se ayuda de los cambios de luces, modulación del sonido, colores de imágenes, bebidas y olores especiales. Un espectador del partido de fútbol necesita de otros compañeros para sentir la emoción del triunfo o la derrota. Las porras son cantos que refuerzan una identidad grupal. La convocatoria a una marcha de estudiantes no sólo la determina una demanda, que se-

ría una dimensión más lógica, sino el gusto de hacer del espacio público un lugar de encuentro con los otros.

La participación en algún congreso de académicos especializados en un tema concreto, también muestra el lenguaje secular que distingue los debates de los grandes problemas del país. Y aunque los jóvenes disienten de los discursos lejanos de su realidad y sus preocupaciones, se muestran cada vez más informados sobre temas sociales, y quieren interlocutores que puedan argumentar, con lenguajes más contemporáneos, los temas de ecología, solidaridad, género, justicia, igualdad, nuevas tecnologías, sexualidad o derechos humanos. Es conveniente mencionar que el lenguaje religioso ha sido expulsado de los debates académicos y, con ello, se tomó distancia de la sabiduría cristiana, que tiene en la experiencia su lenguaje más natural.

En cambio, las celebraciones dominicales, que serían las prácticas religiosas más conocidas por los jóvenes, para generaciones acostumbradas a vivir con los “sentidos excitados”, les resultan frías a sus sentidos y lejanas a su comprensión de la realidad. La universidad del mercado, verdadero sistema educativo de los jóvenes, ha sabido utilizar la irrupción de la afectividad para depositar en la interioridad de los jóvenes, a fuerza de la repetición, consignas centradas en lo rápido, fácil y barato. Esta educación dificulta cada vez más a los jóvenes a escuchar discursos largos o demasiado moralistas y observar ritos que no logran empatía con sus sentidos. Se necesitan nuevas catequesis que, desde la dimensión afectiva y un lenguaje cercano a la cultura secular, puedan contagiar la vivencia de una fe cristiana.

Los jóvenes han bajado en sensibilidad hacia los temas religiosos, pero han subido en sensibilidad hacia las problemáticas sociales. El contacto con sus vacíos existenciales, que tienen su principal raíz en las ausencias afectivas de los padres, le da cierta certeza de que algo anda mal en el mundo y esto genera empatía ante el dolor o la injusticia. Sin embargo, el interés de los jóvenes por las cuestiones sociales encuentra poco eco en las preocupaciones de la institución eclesial. El compromiso social que la Iglesia tuvo en la década de 1970 y 1980, en América Latina, se vio disminuido por diferentes causas, y ahora poco aparece en el imaginario de los jóvenes.

También hay que considerar que muchas instituciones eclesiales con un cierto trabajo social tienen un carácter más asistencialista, que tampoco logra atrapar el interés de los jóvenes, y quienes tienen un compromiso en temas que interesan a los jóvenes, no siempre se presentan con una identidad eclesial clara. Además de que son pocas las experiencias de organizaciones sociales católicas que tienen un programa donde puedan incorporarse los jóvenes. Las más exitosas llegan a ser las experiencias de voluntariados en proyectos sociales.

Finalmente tenemos el tema de la coherencia de vida. La sociedad actual se ha hecho más tolerante de la doble moral de las empresas, los artistas o los deportistas, y al mismo tiempo se ha hecho más exigente de una coherencia de vida con los líderes políticos y religiosos. Quienes salen de las lógicas del mercado son medidos con mayor rigor, y están atentos a ellos para desprestigiarlos ante cualquier error. La esperanza que trasmite un líder o una institución, crítico a la sociedad economicista, se ve como amenaza para quien sabe lucrarse de la desilusión.

La sociedad moderna condiciona la legitimidad de proclamar una palabra distinta a la coherencia de vida. Si no hay coherencia, las palabras serán vacías. Este escenario también es una oportunidad para entender que, sin coherencia de vida, no existe futuro para la Iglesia. La proclamación del evangelio, ante las nuevas exigencias del mundo moderno, es escuchada desde la coherencia de vida. Y las nuevas generaciones, tienen puesta su mirada en los gestos que confirmen la coherencia con la palabra predicada. Urge que nuestras maneras de relacionarnos con los otros refleje la misericordia de Dios, para no seguir hablando en el vacío.

3. La relación con Jesús como escuela del afecto

La sociedad necesita de un referente que le ayude a modelar sus relaciones cotidianas de manera armónica y hacer posible una convivencia sana entre sus integrantes. La regulación de la sociedad por medio de leyes, instituciones o acuerdos, ayuda a construir un sistema normativo para mejorar las conductas sociales y/o un sistema coercitivo para sancionar el delito, pero no logran atender la dimensión afectiva de las personas, allí donde se forjan las decisiones fundamentales de la vida. El Estado, como principal institución de la modernidad, ha logrado construir relaciones de respeto, pero no de hermandad; y donde lo ha hecho, en países

más comunitarios, se ve imposibilitado de darle sentido al fracaso. Y el mercado, como nueva institución de la modernidad, está modelando relaciones entre las personas marcadas por el éxito personal, de tal manera que conduce a la separación de las personas, y esto a su vez, al rompimiento del tejido social. Los síntomas del agotamiento del nuevo referente de la modernidad son la depresión, el estrés, las adicciones, la locura y la violencia.

A más de quinientos años de haber empezado este proceso de modernización, caracterizado por el progreso y la marginación de las creencias religiosas, tenemos elementos suficientes para darnos cuenta de que la autodeterminación sin referentes éticos conduce a una libertad que termina perdiendo el respeto por la vida del otro. Así como hoy se hace evidente la falacia neoliberal que decía “el mercado por sí mismo se regula” y que “los costos de la regulación excederían a los beneficios”, así también, trasladado al campo social, se hace evidente la necesidad de referentes éticos que regulen el comportamiento liberal de los individuos. Y las bases éticas han sido elaboradas por las grandes espiritualidades de la historia. Las matrices espirituales tienen las claves suficientes para entender qué pasa en mi interioridad, cómo ordenar mis afectos y porqué es fundamental la vida comunitaria en el individuo. Son temas existenciales de las nuevas generaciones.

La sabiduría del cristianismo, centrada en la persona de Jesús, es un referente ético que permite regular la vida de las personas, no desde la coerción ni la norma, sino desde el descubrimiento de la propia bondad y belleza. La autoconcepción que tengo de mí mismo y la concepción que tenga de los otros determina mi comportamiento social. Cuando el cristianismo personifica a Dios en un hombre llamado Jesús, abre la posibilidad de relacionarte con un Otro que permite mirar las posibilidades de humanidad que tengo yo y que tienen los otros. Jesús se convierte en utopía de humanidad, un faro que muestra constantemente las conductas humanas que llevan a la “salvación”. La creación es imagen de la bondad y belleza de Dios Padre, lugar privilegiado para vivir el gozo de ser criaturas y la confirmación de ser hijos amados. El principio de la ética cristiana está en creer que la creación y el hombre tienen como esencia la bondad y la belleza, y la maldad existe por la corrupción de ellas (San Agustín).

La insatisfacción creciente, manifestada en un sin fin de problemas sociales, muestra que a la sociedad moderna le falta algo. La alegría prometida por el progreso tiene su dimensión efímera que devela la necesidad de un gozo que ayude a la estabilidad emocional. Las relaciones maduras muestran su grado de satisfacción, pero siempre dejan espacios que remiten a la búsqueda de nuevos encuentros. Tampoco la sana relación entre las personas logrará dar la estabilidad emocional y la alegría profunda que anhela nuestro cuerpo. La persona necesita de una relación estable que le dé sostén a su vida, que permita descubrir su valía y capacidades, que le ayude a eliminar los pensamientos “tóxicos”, donde pueda comunicar lo más íntimo de su vida, y una relación de tal magnitud sólo es posible con la trascendencia.

El gran problema de la sociedad moderna es la pérdida de habilidades para la intimidad que hace vivir en una frustración constante, y con el desarrollo de las nuevas tecnologías de comunicación lo notamos aún más. Esto es resultado de haber hecho de la rapidez una muestra de eficacia en el mercado y que se traslada a la vida social; de haber hecho del respeto la principal consigna en la relación con los demás en detrimento de una relación más fraterna; de tener poca conciencia de lo que somos y tenemos, más allá de los bienes materiales, que empobrece la comunicación con los otros; y de banalizar los diálogos a tal grado que poco abrimos el corazón por miedo a ser lastimados. Una persona que ha perdido habilidades para la intimidad tendrá dificultades para relacionarse con Dios o hará de su relación un diálogo de cinco minutos.

A menor capacidad de intimidad con los otros mayor demanda de placer. Esto se convierte en un motor de búsquedas de satisfactores. Una sociedad insatisfecha se hace más consumista, pues en ello tiene la base del consumo. Sólo Dios puede saciar esa necesidad de intimidad. Disminuir el consumo por un mayor gozo de las personas, es algo que a la larga valdrá la pena para el mismo sistema económico, pues tendrá sociedades más estables donde invertir sus recursos. La dimensión religiosa no está distanciada en relación al gozo, más bien con la alegría efímera. Sobre esto, Francisco nos recuerda que “el cristiano es un hombre y una mujer de gozo. Esto nos lo enseña Jesús, nos lo enseña la Iglesia, especialmente en este tiempo. ¿Qué cosa es este gozo? ¿Es la alegría? No: no es lo mismo. La alegría es buena, ¿eh?, alegrarse

es bueno. Pero el gozo es algo más, es otra cosa. Es una cosa que no viene por motivos coyunturales, por motivos momentáneos: es una cosa más profunda. Es un don. La alegría, si queremos vivirla en todo momento, al final se transforma en ligereza, superficialidad, y también nos conduce a aquel estado de falta de sabiduría cristiana. Nos hace un poco tontos, ingenuos, ¿no?, No todo es alegría. El gozo es otra cosa. El gozo es un don del Señor. Nos llena desde dentro. Es como una unción del Espíritu. Y este gozo se encuentra en la seguridad que Jesús está con nosotros y con el Padre.” (Homilía, 10 de mayo de 2013)

La soledad de la vida moderna urge a la Iglesia a desarrollar propuestas que hagan del gozo una pastoral de la alegría, y la crisis del modelo de organización social urge a hacer de la ética una pastoral de la imaginación. Para esto necesitamos una Iglesia sin miedo, esto la pondrá en sintonía con los jóvenes. Una Iglesia preocupada por los problemas cotidianos de sus feligreses, como lo manifiesta constantemente el Papa Francisco en sus gestos y palabras. Un ejemplo son las palabras sobre la crisis financiera, donde señaló que “se instaura una nueva tiranía invisible, a veces virtual, que impone de forma unilateral y sin remedio posible, sus leyes y sus reglas. Además, la deuda y el crédito alejan a los países de su economía real y a los ciudadanos de su poder adquisitivo real. A todo ello se añade, una corrupción tentacular y una evasión fiscal egoísta, que han asumido dimensiones mundiales. El afán de poder y de poseer se ha vuelto sin límites.” (Discurso a nuevos embajadores, 16 de mayo de 2013)

Los jóvenes tienen grandes deseos, por eso los tratan de distraer constantemente con las marcas del consumo. Sus ansias de abrazar y ser abrazados muestran una intimidad que no los deja ensimismados. Ellos tienen presente la vida de los otros, por eso son capaces de unirse a los esfuerzos por construir una sociedad incluyente como reflejo de la fraternidad anhelada. Ellos necesitan de una Iglesia que se convierte en tierra fértil para sus deseos, un lugar donde puedan florecer sus inquietudes y capacidades. Una Iglesia que haga visible sus ideales atraerá a esos jóvenes que, insatisfechos con su entorno, buscan la alegría y la imaginación que les ayude a cultivar los sueños. Los jóvenes necesitan de una Iglesia con grandes deseos.

4. Francisco: gestos y palabras de esperanza

La manera en que el Papa Francisco empieza a situarse al frente de la Iglesia Católica está siendo un bálsamo de esperanza para nuestros pueblos latinoamericanos. El desarrollo de las tecnologías permite que su lenguaje sencillo, expresado en palabras y gestos, llegue a los hogares de este planeta y despierte una alegría global. Son imágenes que se conectan con el deseo de muchas personas que, paralizadas por la desilusión de la modernidad, empiezan a desempolvar los sueños de la fraternidad. Esta coyuntura eclesial tiene un significado especial para América Latina, por ser un continente mayoritariamente católico, y porque se empieza a relacionar el auge de la violencia con el deterioro del tejido social, donde el elemento religioso fue fundamental en los siglos pasados, y la modernidad no ha podido desarrollar los espacios y los ritos que fortalezcan las redes sociales en los territorios.

El Papa Francisco está resultando un excelente comunicador. Su lenguaje figurativo, unido a la sabiduría del cristianismo, ha hecho una combinación que resulta atractiva para los diferentes estratos sociales. Sus gestos de cercanía con su audiencia están cautivando a las generaciones, cansadas de discursos y gustosas de imágenes con énfasis afectivos. Se presenta un nuevo rostro de la Iglesia “oficial” que abre posibilidades a las pastorales locales para ensayar nuevas maneras de ser Iglesia. Francisco inspira una renovación de las prácticas pastorales para hacerlas más cercanas, más solidarias y más coherentes. Cercanía, solidaridad y coherencia son las tres palabras claves de los gestos de Francisco. Palabras que van trazando un proyecto de renovación, donde los jóvenes tienen un aporte fundamental. En estos momentos clave, la Iglesia necesita de los jóvenes. En ellos está la fuerza de la renovación eclesial desde las bases.

a). Cercanía: afecto

“No tener miedo a la bondad y a la ternura”

La juventud demanda a nuestra Iglesia el ejercicio de la afectividad expresada en la cercanía, la cual veo en tres dimensiones: la cercanía con Dios, la cercanía consigo mismo y la cercanía entre cristianos.

Una gran tarea de las pastorales es animar una relación cercana con Dios a través de los sentidos, donde el joven pueda

experimentar una relación personal con Jesús, de tal manera que sienta su bondad y su ternura. El joven necesita experimentar al Dios vivo de los cristianos y para esto requiere desarrollar la capacidad contemplativa en su oración y en su vida cotidiana. La contemplación requiere momentos de silencio, introspección, concentración y meditación. Incluir estos elementos en nuestras celebraciones o reuniones será un camino para descubrir el gozo que representa el sentir que "Jesús está con nosotros". Es fundamental la ambientación de los espacios personales o comunitarios para facilitar esta cercanía con Dios a través de los sentidos. De aquí se deduce el uso de la música, las imágenes, las luces, los olores y las técnicas de concentración, pues se vuelven fundamentales.

La intimidad con Jesús permite contactarse consigo mismo para descubrir la propia bondad y belleza. La contemplación de un Jesús amoroso y misericordioso ayuda a limpiar la mente y el corazón, recuperar la valía, darle sentido al fracaso y emprender cambios de actitud. La mejor manera de recuperar la paz y el amor a la propia persona es mirándonos desde el amor misericordioso de Jesús. Somos parte de ese Dios creador. No podemos pensar que el crecimiento personal y el crecimiento espiritual son realidades separadas. A Dios le importa nuestra tranquilidad y nuestra recuperación. La relación personal con Jesús conduce al perdón, la sanación, el levantarnos y la entrega generosa desde el servicio. La contemplación de la ternura y la fuerza de Jesús nos hacen más tiernos y más fuertes. En esta contemplación no sólo limpio mi mente y recupero mi armonía, sino que despierta mi sensibilidad, mi intelectualidad y mi voluntad para llegar a los gozos más profundos de la vida. Esta es una gran tarea de los agentes de pastoral: unir los deseos de paz de las personas con la construcción de habilidades para la contemplación de Jesús.

Un agente de pastoral que alimenta su vida espiritual se ve reflejado en la cercanía de quienes lo rodean. Sin embargo, educados en un ambiente eclesial que ha enfatizado la educación formal, necesitamos esforzarnos en vivir una auténtica cercanía afectiva con los fieles, caracterizada por la escucha atenta, la confianza mutua, el diálogo profundo y la celebración de la vida. El milagro eucarístico es que Jesús se hace cercano a nosotros con el pan y el vino -su sangre y su carne-, al com-

partirnos lo más íntimo de su persona. Esta dimensión afectiva de Jesús necesita hacerse más cercana a nuestros sentidos para experimentar la alegría de su sangre derramada. La cercanía de las personas en la asamblea eucarística ayudará a ambientarnos para disponer el corazón a la cercanía del sacrificio eucarístico. Abandonar la racionalidad que ha alejado a los jóvenes de nuestras celebraciones implica desarrollar la habilidad para generar experiencias de encuentro con el "Jesús vivo", ayudados de cantos conectados con las búsquedas existenciales de los jóvenes, imágenes que hagan accesible el lenguaje religioso a las problemáticas sociales, mayor participación de los jóvenes en las celebraciones, discursos más testimoniales y con lenguaje sencillo, ambiente festivo y alegre, reflejo del gozo de encontrarnos con Jesús.

b). Solidaridad: compromiso

"Una Iglesia pobre para los pobres"

La preocupación por la ecología, los pobres, la justicia o la violencia, abrirá canales de comunicación con las nuevas generaciones, caracterizadas por su sensibilidad hacia los temas sociales. Muchos jóvenes tienen inquietudes de servir en proyectos sociales, pero no siempre cuentan con los espacios o recursos necesarios. Allí la Iglesia tiene una oportunidad de construir juntos las propuestas que respondan de mejor manera a las necesidades de sus localidades. Hay muchas inquietudes en los jóvenes. Lo que falta es la disposición en muchas pastorales para incorporarlos y brindarles la formación que haga de ellos futuros líderes cristianos comprometidos con su ciudad. Llevar a la realidad este compromiso implica repensar la formación de los agentes de pastoral o la selección de los equipos parroquiales, pues se necesita avanzar en el conocimiento de las problemáticas sociales a través de las ciencias modernas, ubicando los debates actuales de esas problemáticas y detectar los vacíos éticos donde la sabiduría cristiana tiene los aportes que iluminan a favor de los más pobres y excluidos.

Hay características de los jóvenes actuales que se muestran desilusionados del progreso pregonado por la modernidad y seducidos por la 'afectividad' de la mercadotecnia. Tener en cuenta estos elementos ayudará a elaborar propuestas más

adecuadas para los jóvenes. Educados en el pragmatismo moderno, los jóvenes son amantes de lo práctico donde se experimenten útiles a favor de su sociedad. Educados en la autonomía, los jóvenes están deseosos de construir sus propias propuestas o darles la identidad juvenil a los proyectos. Al sentirse desplazados por las prioridades económicas, los jóvenes desean ser vistos por su sociedad. De allí el gusto por aparecer en los espacios públicos. Ahogados por las banalidades, los jóvenes desean darle mayor sentido a su compromiso y, sobre todo, a sus frustraciones. Bombardeados por discursos anti-religiosos, los jóvenes piden paciencia para comprender lo que es la Iglesia y sus creencias.

La fractura del tejido social, como resultado de una sociedad centrada en el éxito personal y que ha perdido habilidades para las relaciones interpersonales, se convierte en una necesidad apremiante para todos. La Iglesia católica tiene que admitir que es de las pocas instituciones con posibilidades de realizar un trabajo territorial, y que en los últimos años se ha visto disminuido por centrar su actividad únicamente en los templos o sus instituciones. Hace falta salir a la calle para ubicarse en los territorios y repensar junto con sus habitantes cómo rehacer el tejido social. La formación de pequeñas comunidades en los barrios se hace más necesaria para contener la destrucción del tejido social. Y la creatividad de los jóvenes nos muestra, de hecho, una variedad de formas para recuperar la fraternidad. Esta es una de las fronteras existenciales a la que habrá que llegar por el bien de la sociedad.

c). Coherencia: sencillez

“Pastores con olor a ovejas”

La sencillez de nuestras iglesias locales es la que hará posible esa cercanía afectiva con los jóvenes y esa solidaridad con los pobres. No se trataría de hacerse sencillo por sí mismo, a manera de perfección, sino hacerse más sencillo para ser más cercano y más comprometido con los pobres. La sencillez implica quitar la solemnidad que separa el trato amable con los otros, regalar los ropajes que generan castas al interior de la Iglesia, y mudarse hacia casas más austeras. La sencillez implica mirar al pueblo de Dios, como adulto poseedor del Espíritu y capaz de darle la bendición al Papa para iniciar un

pontificado. Todo esto nos ayudará a ejercitar nuestro afecto, si tenemos cercanía con los pobres y adquirimos el “olor a ovejas”, y así recuperaremos la identidad de pastores.

Sólo una vida espiritual alimentada constantemente hará posible tomar las decisiones que ayuden a crecer en coherencia. Una vida espiritual convencida de la centralidad de Jesús, la oración de corazón y el discernimiento de los signos de los tiempos. Francisco nos va compartiendo lo que Dios pone en su corazón. También a nosotros nos toca crear los espacios en los contextos locales para compartir la gracia recibida por Dios en infinitud de encuentros y realidades deshumanizantes, para lograr que nuestras vidas, y la vida de nuestra sociedad, sean gobernadas por Dios.

Para las nuevas generaciones, nuestros gestos dicen más que las palabras. No basta la homilía dominical para catequizar a un pueblo. No basta el compromiso con los pobres. No basta el trato amable. Se necesita un estilo de vida centrado en la persona de Jesús, en una relación afectiva que se refleja en gestos de misericordia, capaces de reflejar el Dios en el que creemos.

La acelerada caída del catolicismo en América Latina nos exige empezar nuevos caminos, aun con el riesgo de equivocarnos. Como lo señalaba el antes Cardenal Bergolio, “A una Iglesia autorreferencial le sucede lo mismo que a una persona autorreferencial: se pone paranoica, autista. Es cierto que, si uno sale a la calle, le puede pasar lo que a cualquier hijo de vecino: accidentarse. Pero prefiero mil veces una Iglesia accidentada a una Iglesia enferma. En otras palabras, creo que una Iglesia que se reduce a lo administrativo, a conservar su pequeño rebaño, es una Iglesia que, a la larga, se enferma. El pastor que se encierra no es un auténtico pastor de ovejas, sino un “peinador” de ovejas, que se pasa haciéndoles rulitos, en lugar de ir a buscar otras.” (Bergolio, *El jesuita*, 2010, pág. 76)

El Papa Francisco dirigió estas palabras a los jóvenes: “¿Han pensado en los talentos que Dios les ha dado? ¿Han pensado en cómo se pueden poner al servicio de los demás? ¡No entierran los talentos! Apuesten por grandes ideales, los ideales que agrandan el corazón, aquellos ideales de servicio que harán fructíferos sus talentos.” (Catequesis, 24 de abril de 2013)

Encontramos un Papa que comunica el afecto a los jóvenes, los mira con capacidades e ideales, y abre una nueva relación entre ellos y la Iglesia. Aquí encontramos una inspiración para nuestras iglesias locales: acompañar estos ideales de la juventud para hacerlos realidad. La Iglesia necesita de los talentos de los jóvenes para continuar, de mejor manera, la misión de Cristo, y los jóvenes necesitan de los talentos de la Iglesia para darle profundidad a su vida.

La Iglesia tiene que reconocer que la juventud está llena de bondad y belleza, y la juventud también tiene que reconocer que la Iglesia está llena de bondad y belleza. Este diálogo necesita del silencio para escuchar desde lo profundo y dejarnos llevar por las corrientes del Espíritu. El reto es hacerlo juntos, esto llevará a un crecimiento mutuo y hará posible reconocer las fallas. Nos une el deseo de agrandar el propio corazón con el gozo verdadero y aliviar el dolor del mundo por medio del servicio. Ambos tenemos que desempolvar la parálisis que nos ha dejado la desilusión promovida por la propia modernidad. Somos enviados a empezar un nuevo diálogo con los jóvenes, donde juntos podamos sumarnos al trabajo de Dios. Y ahí, Francisco nos entrega tres claves para empezar esta nueva comunicación: la cercanía, la solidaridad y la coherencia de vida.

Santiago, Chile; 20 de mayo de 2013